
CAPITULO I.

1. La cuestion sobre el origen de los habitantes de América.—2. Su importancia.—3. Esfuerzos que se han hecho para resolverla.—4. Si los antiguos tuvieron noticia de la existencia del Nuevo Mundo. Objeto del viaje de Colon. Dicho notable de Chateaubriand.—5. La Atlantida de Platon. Lo que sobre ella piensan Paw, Mac Culloc. Mr. Farcy, Beunsen y otros autores.—6. Isla de que habla Diódoro de Sicilia, y deducciones que de lo expuesto por otros autores pueden hacerse.—7. La que designa Aristóteles.—8. Opinion de Eliano sobre la existencia de otro Continente más allá del Océano, apoyada por Plutarco, S. Clemente y Orígenes.—9. Pasajes de Plutarco, Perisonio y Pomponio Mela.—10. Apreciaciones del B. de Humboldt.—11. Parecer de Budbeck. Teoría de Mr. Bailly. Juicio de Mr. Bory de St. Vicent., y opinion de Buffon sobre la Atlantida.—12. Peso de estas opiniones y las demas que se refieren á la cuestion que se debate, y luz que vino á derramar sobre ella el descubrimiento del Nuevo Mundo, disipando muchos errores, y poniendo la *verdad* de manifiesto, y la injusticia con que se habia condenado á B. Virgilio, y á Galileo por sus opiniones sobre la existencia de los antípodas y un Nuevo Mundo.

§ 1.

EL origen de los habitantes del Nuevo Mundo, comenzó á ser objeto de la meditacion de todos, desde la época de su descubrimiento. Cerca de cuatro siglos van trascurridos, y todavía no se ha

resuelto esta cuestión célebre, de la cual se han ocupado sábios ilustres de todas las naciones cultas.

Imposible ha sido rasgar el velo que oculta la cuna de su población. Densas tinieblas circundan los primeros tiempos de su existencia, que ni la investigación, ni el exámen han podido disipar. Vanos han sido hasta ahora los esfuerzos de la más esquisita erudición con tal intento. Se han inventado innumerables sistemas, se ha agotado el campo de las conjeturas, se ha apurado el discurso, llevando la discusión sobre cuanto pudiera dar alguna luz para descubrir la verdad; el juicio analítico y observador, ha recorrido la inmensa escala de analogías y comparaciones entre los diversos pueblos conocidos; pero á pesar de tanto esfuerzo, y de tan multiplicados afanes, no se ha logrado fijar una opinión que quite toda incertidumbre, que aquiete la razón, y que no deje ningún género de duda. Una sombra densa, probabilidades que se desvacan ante el juicio severo de la crítica, es lo que á cada paso se presenta, dejando burladas las más serias investigaciones. No hay sistema de todos los que se han ensayado, que no ofrezca dificultades despues de profundas meditaciones. Solo ha quedado la convicción de la debilidad é insuficiencia de las propias fuerzas, para depurar un hecho envuelto en la oscuridad de los tiempos, que parece sustraído del conocimiento humano, como otras muchas cosas ocultas á la razón.

Diversos autores reputan como irresoluble tal cuestión, y aun temerario el intentarlo. De esta opinión es, como se ha indicado, el *P. Acosta* (1), que tanto hubo de meditar sobre las cosas de América, y el *Baron de Humboldt*, que con su vasto saber ha derramado tanta luz sobre nuestro continente, creyéndola fuera del dominio y alcance de la historia. «El problema, dice, (2) de la primitiva población de América está tan fuera del resorte de la historia, como las cuestiones sobre el origen de las plantas y de los animales, lo mismo que la distribución de los gérmenes orgánicos se hallan fuera del resorte de las ciencias naturales. En medio de una muchedumbre de pueblos que se han sucedido y mezclado unos con otros, imposible es reconocer exactamente la primera base de la población, *esta capa primitiva*, donde principia el dominio de las tradiciones cosmogónicas.»

§ 2.

La importancia de la cuestión es grande sin embargo, porque el esclarecimiento de ese punto importa la de otros muchos que, como dependien-

(1) Hist. nat. et mor. de las Ind. lib. 1, caps. del 19 al 25.

(2) Vues des cordilleres, tom. 1. Introducción, pag 20.

tes de él, están todavía bajo el imperio de la duda, de la oscuridad é incertidumbre. No creo despues de lo que con tanta crítica y erudicion se ha escrito sobre semejante materia, que puede fijarse el juicio sin nuevos datos, ni quitar todo motivo de controversia. Pero como al ocuparse de las cosas de América, nadie puede dejar de tocarla, tambien yo me he dedicado á estudiarla, á cuyo efecto presentaré aquí, con laconismo y claridad, las opiniones que se han emitido, procurando con mis propias observaciones arrojar algunos átomos de luz, para que comparándose los grados de probabilidad que cada una tenga, se califique cuál de ellas se acerca más á la verdad, buscando al propio tiempo nuevos hechos que la confirmen, á fin de que tan importante problema histórico deje de ser puramente conjetural. «Apénas se hallará en la historia, dice *Clavijero*, un problema de más difícil resolucion, que el del origen de la poblacion del Nuevo Mundo, ni sobre el cual reine mayor variedad de opiniones» (1).

El origen de las naciones está por lo comun envuelto en las tinieblas de las primeras edades, en que la fábula y las ficciones ocupan el lugar de la verdad, y en que la carencia de datos hace difícil sobre manera toda investigacion. Cuando quiere buscarse su origen en la más remota antigüedad,

(1) *Clavijero*. Historia antigua de México, tomo 1, Disert 1.

tiene que apelarse, á falta de monumentos, si la historia calla, ó es oscura é incompleta, á conjeturas más ó ménos fundadas, á analogías y aluciones, á etimología de nombres y palabras, y á otros rasgos de semejanza. Rara vez se encuentran en los anales de los pueblos noticias claras y seguras, que alejen todo error. Las tradiciones y leyendas, cuando no son ciertas, vienen á aumentar la confusion, por las fábulas con que se hallan mezcladas, por las alteraciones á que están sujetas, y por su base viciosa.

La historia antigua, luego que falta la guía de la relacion mosaica, es un caos donde apénas penetran débiles rayos de luz, no bastantes para esclarecer todos los hechos, especialmente el relativo al origen de las naciones. «Imposible es, dice un escritor ilustrado, conocer exactamente el origen de los pueblos profanos, aun de aquellos que han gozado de mayor celebridad.» Los libros sagrados son los únicos en que sobre este punto puede tenerse gran confianza, por su origen, por el tiempo en que fueron escritos, y por las demás circunstancias que tan elevada é irrefragable hacen su autoridad.

§ 3.

No es, por tanto, de extrañarse, que en el trascurso de tantos años no haya podido averiguarse la verdad en esta cuestion. Si muchos de los paí-

ses del antiguo continente, que han sido constante objeto del estudio de sábios y viajeros ilustres, son todavía poco conocidos; si se ignoran muchas cosas de los primeros tiempos de los griegos y latinos, á pesar de lo que sobre ellos se ha escrito desde la más remota antigüedad hasta nuestros dias, no obstante los monumentos que se tenían á la vista, la multitud de datos que se habian conservado, y las prolijas investigaciones que se han hecho; si el origen de los primeros habitantes de España es un problema, acerca del cual se han formado tantas conjeturas; si *Soemund*, *Worin*, *Zbre* y otros escritores, han dedicado largos años en buscar el origen de los pueblos germanos, sin acertar á encontrarlo de una manera enteramente satisfactoria; ¿qué deberá decirse respecto del nuevo continente, sobre el que se carece de datos abundantes, ó de ellos solo quedan restos mutilados, tan poco explorados aun? Desgracia fué para la ciencia, que se viera entregado desde su descubrimiento á manos de hombres en gran parte rudos, supersticiosos, é ignorantes, quienes, con raras excepciones, no supieron aprovechar, ni conservar los monumentos y ricos tesoros de saber, que encontraron en las naciones por sus armas subyugadas, procurando, al contrario, borrar los vestigios de su existencia, con destruir lo que pudiera recordarles su autonomía, su religion, sus prácticas, sus costumbres, y su vida antigua; é incendiando mapas, manuscritos y todo cuanto no fuese plata ú oro, única cosa que satisfacía su codicia. ¡Esce-

nas deplorables que no pueden disculparse con el celo religioso llevado á ese exceso, que es el que se designa como causa matriz de estas acciones!

El Egipto, sin esta carencia de datos, ha sido estudiado con ahinco, y todavía no se sabe con certeza el origen de sus habitantes, y el Nilo, que ha sido objeto de varias investigaciones, y en cuyo reconocimiento comenzó á trabajarse de tiempo muy atrás, aun no ha podido descubrirse todo su curso, ni se ha averiguado bien el lugar de su nacimiento á pesar de los recientes descubrimientos que se han hecho. Sin embargo, no puede negarse, que si respecto de América existieran todos los datos destruidos, se sabría muchísimo, y no tendríamos que atenernos en muchas cosas á solo puras conjeturas. Pérdida es esa irreparable para la inteligencia, y deplorada por ella de continuo, como resultado de inexcusable ceguedad.

§ 4.

El exámen del origen de los pobladores de América ha debido naturalmente suscitar la cuestion, de si antes del descubrimiento de *Colon* se tenía ya noticia del Nuevo-Mundo. Si no fuera conocido el objeto que este se propuso en su viaje, así como las razones que lo movieron á emprenderlo, podía creerse

que no se habria aventurado á empresa tan arriesgada. En los conocimientos geográficos que poseía, y la instruccion que le ministraban las obras de los antiguos, encontró sin duda fuertísima presuncion de que existian hácia el Occidente tierras lejanas desconocidas; pero se sabe que el encontrar un paso hácia las Indias, cuyo comercio prometia tantas riquezas, fué la idea que preponderó en su ánimo casi exclusivamente, y sobre la cual tanto habia meditado. Elogiando *Chateaubriand* esta empresa de un génio superior, dice que Cristóbal Colon, descubriendo la América «*criaba un mundo.*» (1) Esta sola frase encierra una grande idea y el encomio mayor que pudiera hacerse, pero no decide la cuestion. Ella no escluye las sospechas fundadas en conocimientos científicos, históricos y tradicionales, que pudieran tenerse sobre la existencia de un gran continente al otro lado del Atlántico, puesto que el mismo *Chateaubriand* habla de varios pasages de las obras de los autores antiguos, de los viajes que antes de *Colon* se habian emprendido á varias partes, y de la luz que derramaban sobre la extension del globo, su figura, situacion de diversos países y otros muchos conocimientos geográficos y corográficos.

(1) *Chateaubriand*, Voyage en Amérique, pág. 8.

§ 5.

Platon nos habla de la *Atlántida*, isla muy grande situada mas allá de las *columnas de Hércules*, (1) habitada por un pueblo numeroso, regida por reyes, cuya dominacion se extendia á otras islas y porciones del continente, tan poderosos, que habiendo reunido fuerzas bastantes, llevaron la guerra á países remotos, atravesando el Atlántico é invadiendo la Europa y el Asia. Pero su audacia y su poder se estrellaron en la resistencia esforzada, que les opusieron los pueblos invadidos, no pudiendo someterlos, ni reducirlos á la esclavitud y yugo ominoso que querian imponerles. Tuvieron en consecuencia que concentrar ó limitar su autoridad al país de donde habian salido, que bien pronto quedó sepultado bajo las aguas del mar, pues sobrevinieron grandes temblores de tierra é inundaciones, que en un solo dia y en una noche fatal hicieron desaparecer aquella famosa isla. Desde entonces hizóse inaccesible el mar por aquel punto, cubriéndose todo el espacio que ocupaba la *Atlántida* de limo oculto bajo las aguas. Sucedió todo esto,

(1) Esto es, estrecho de Cádiz ó estrecho de Gibraltar, en que ve Leonardo Cacciatore "la verdadera posicion de la América." Nuevo-Atlante histórico, tomo 3, artículo 36, págs. 277 y siguientes.